



Francisco, sembrando un árbol en el Vaticano con indígenas de la Amazonía el pasado octubre.

PAPA FRANCISCO
«Invito a todas las personas de buena voluntad a unirse, para cuidar de nuestra casa común y de nuestros hermanos y hermanas más frágiles»

Boselli, al hermano Lino Breda y a la hermana Antonella Casiraghi, quienes «deberán separarse de la comunidad monástica de Bose y trasladarse a otro lugar, renunciando a todos los cargos que ocupan actualmente».

Con una carta del secretario de Estado al prior y a la comunidad, además, «la Santa Sede ha trazado un camino de futuro y esperanza, indicando las líneas principales de un proceso de renovación, que confiamos dará un nuevo impulso a nuestra vida monástica y ecuménica».

Por otro lado, el Papa canonizará a Carlos de Foucauld. Este mártir, conocido como el amigo de los tuaregs, fue el inspirador de una corriente de pensamiento y reflexión que dio lugar a la familia espiritual de Carlos de Foucauld. Incluye varias asociaciones de fieles, comunidades religiosas e institutos seculares de laicos y sacerdotes. El beato Carlos dio su vida en 1961 en Tamanrasset, donde fue asesinado. Sus críticos afirmaban que no convirtió a nadie, pero ahora será canonizado a partir de los informes favorables sobre su vida ejemplar y después de que Francisco haya aprobado el milagro atribuido a su intercesión.

IGLESIA EN SALIDA

En clave de comunión

La Iglesia va caminando a lo largo de los siglos impulsada por el Espíritu Santo, que crea en ella los vínculos que llamamos de «comunión» entre las personas. Pero... ¿qué es eso de la «comunión»? Mucho se ha escrito sobre ello: manera de vivir las comunidades como unidad en la diversidad, mutuo respeto y cuidado, caminar y discernir juntos... Pero para mí que la comunión entre las personas es como el caramelo de menta: a quien no lo ha probado, aunque le cuentes que es fresco, que se respira mejor, que endulza la boca... no lo comprenderá. Muchas veces se habla de la comunión de la Iglesia sin haberla vivido nunca en concreto.

Hay que vivirla y probarla a medida humana para saber lo que es. La maravilla y el portento de que personas distintas en modos y carismas tengan un mismo querer y un mismo sentir en el obrar, ese es un don inmenso del Espíritu de Dios. Es acompañar el avance para que, como un corazón, todos sintonicen para vivir el Espíritu de Jesucristo y se lancen a la misión de extender su Reino.

Esta vivencia supone un elemento imprescindible: la libertad. Las personas tienen que asentir libremente a este don; allá donde se fuerza, se doblega, se cercena la libertad, no se vive la comunión sino una forma de relación que enferma y se tuerce. Es muy fácil resbalar y, queriendo la unidad de las personas, forzarlas a la uniformidad, impidiendo el despliegue de sus carismas. O, en el otro extremo, reclamar la propia individualidad queriendo sustraerse al camino común. Ser uno, libremente, es un don. Pero hay que amar. ¡La comunión no pervive si no hay amor! Libertad, unidad y caridad: tres elementos imprescindibles de ese caramelo de menta que llamamos comunión. ¡Ven, Espíritu Santo!

LETICIA SOBERÓN